

MANUEL VALCARCEL:

VIVIR PARA CONTARLA

Llegó a Chile con lo puesto. Tanto así, que su primera noche la pasó en un banco de la Alameda. Después se contactaría con algunos amigos y así empezó a dedicarse a la venta de lo que le pusieran por delante. En eso estaba cuando conoció a los colegas con quienes formaría la Cámara Chilena de la Construcción.

POR DANIELA HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ FOTOS VIVI PELÁEZ Y EL MERCURIO



La idea del gobierno chileno, recuerda, era traer a más españoles. Sin embargo, la mañana en que el Winnipeg llegó a nuestras costas, Hitler invadía Polonia y le declaraba la guerra a Inglaterra y Francia. El panorama había cambiado radicalmente. El Winnipeg fue el primero y último barco.

El 3 de septiembre de 1939, cerca de dos mil quinientas personas –hombres, mujeres y niños– arribaron al puerto de Valparaíso en el carguero Winnipeg.

Eran españoles, republicanos derrotados en la Guerra Civil que se refugiaron en Francia, desde donde fueron traídos por iniciativa de Pablo Neruda durante el gobierno del Frente Popular que encabezaba Pedro Aguirre Cerda.

Entre los pasajeros venía un estudiante universitario que sólo alcanzó a terminar su primer año de leyes. Se trataba de Manuel Valcárcel, madrileño que llegó a Chile con veinte años y que se había unido al ejército republicano a los 17. “Yo peleaba en el lado de la república, pues fui un hombre educado en un ambiente obrerista. Mi padre se formó en Argentina, con un espíritu republicano americano que no tenía nada que ver con las monarquías hereditarias y absolutas... Juntos combatimos contra Franco”, recuerda Manuel.

La madrugada del 12 de febrero de 1939 fue el comienzo de su odisea a nuestro país. Ese día, las tropas republicanas cruzaron los Pirineos con más de quince grados bajo cero, llegaron a Francia y fueron llevadas a un campo de concentración. Ahí estuvieron hasta agosto de ese año. En Chile en tanto, después de una larga batalla legal, el Presidente Pedro Aguirre Cerda logró que el Congreso aprobara traer a los republicanos. Un barco en el que llegarían pintores, albañiles, carpinteros, escritores, comerciantes y algunos miembros del



“No era un profesional de la declamación, pero hacía el show como si lo fuera. Estuve varios años recitando, en Madrid siempre fui muy aficionado a la literatura española. Empezaba a las doce de la noche y terminaba a las tres de la mañana, ¡así que hice una vida bohemia!”, confiesa risueño.



ejército, como Manuel. La idea del gobierno chileno, recuerda, era traer a más españoles. Sin embargo, la mañana en que el Winnipeg llegó a nuestras costas, Hitler invadía Polonia y le declaraba la guerra a Inglaterra y Francia. El panorama había cambiado radicalmente. El Winnipeg fue el primero y último barco.

YO NO VENGO A VENDER

La primera noche en Chile es un recuerdo claro en la memoria de Manuel Valcárcel. “Tuve que dormir en un banco en la Alameda, pero fue perfecto. Esa fue la primera vez en años que yo dormía libre, sin bombardeos y sin senegaleses cuidándonos”, explica.

Al día siguiente se levantó y comenzó a buscar trabajo. Su primer destino fue la revista *Ercilla*, medio que formó un grupo de intelectuales peruanos, uno de ellos conocido de Manuel. Se trataba de Bernardo García de Oquendo, con quien había cruzado la frontera hacia Francia y compartido los horrores del campo de concentración. “Esa mañana me reencontré con ese hermano mío”, cuenta. Dice que en *Ercilla* hizo de todo, después se cambió de rubro de la publicidad y empezó a especializarse, pero como no le alcanzaba para vivir, comenzó a declamar de noche en los cabarets. “No era un profesional, pero hacía el show como si lo fuera. Estuve varios años recitando, en Madrid siempre fui muy aficionado a la literatura española. Empezaba a las doce de la noche y terminaba a las tres de la mañana, ¡así que hice una vida bohemia!”, confiesa risueño.

En una de esas jornadas conoció a un ven-

dedor de zapatos que le regaló un muestrario y así Manuel entró en la comercialización de calzado. Después le ofrecerían ser jefe de ventas en una empresa de maderas terciadas al interior de Panguipulli, donde estuvo negociando terciados con las barracas hasta que el presidente de Magoza (“Maderas González”) lo tentó con la gerencia de ventas de su empresa. Y cuando los dueños de la firma se separaron, él se unió a uno de los socios y así formaron la empresa Ralco.

En eso estaba cuando el Presidente Gabriel González Videla ideó el “Plan Serena”, con el objetivo de modernizar el rostro de su ciudad. Obviamente el lugar se llenó de empresas constructoras. Ahí, entre pisco y papaya, empezó a nacer la idea de darle al gremio un instrumento de tipo nacional”, relata Manuel. Así comenzó a tomar forma la Cámara Chilena de la Construcción, institución de la que Valcárcel sería uno de los cofundadores, hace ya 56 años. “Desde el nacimiento de la Cámara soy parte de la comisión social y la presidí muchos años”, cuenta, y agrega que la CChC ha sido una parte fundamental en su vida, “amo a la Cámara entrañablemente”.

HOMBRE DE FE

Pero no es lo único que ha marcado la vida de Manuel; fue fundador y presidente de la Corma (Corporación de la Madera), en otro momento acompañó al fallecido cardenal Raúl Silva Henríquez –quien le encargó la presidencia de Caritas Chile–, y además trabajó con el padre Valdo Santi y los enfermos de SIDA. Durante 25 años también fue profesor

de la facultad de forestal de la Universidad de Chile, donde aprendió que “la falla más grande es la enorme distancia cultural y espiritual que existe entre la universidad y la calle. No están engranadas”.

Para contrarrestar esa falta de sintonía, durante años Manuel dictó charlas a alumnos de las carreras de ingeniería, construcción, y muchos de esos alumnos hoy son parte de la Cámara. Junto a ellos y a cientos de miembros ha pasado por muchos consejos nacionales y “siempre, desde hace cincuenta años que empiezan a gritar ‘¡que recite Manolo!’, les he dicho la misma poesía un montón de veces porque no me acuerdo de ninguna más”, se ríe.

Por estos días, Manuel se encuentra más alejado de la Cámara, sin embargo aprovecha de enviar un mensaje a todos sus colegas. “Hay una cosa que me inquieta. En la Cámara tenemos el riesgo de ser tan fuertes, tan poderosos, con tal cantidad de recursos y de inteligencias, que nos está faltando la espiritualidad. El contacto cada vez más estrecho con la masa laboral, la relación real con la opinión pública del país. Hay que realizar una gestión a largo plazo para fortalecer la relación con los trabajadores y con la opinión pública”.

Independiente de las observaciones, Manuel se encuentra profundamente agradecido de formar parte de la Cámara y ante la pregunta por una profesión específica, se ríe y dice: “¡mi currículum es cero!”. Aunque da lo mismo, pues el cúmulo de experiencias en nuestro país son infinitas y sólo lo llevan a decir una cosa: “Chile es un milagro”. **EC**